

PARA UNA SALUDABLE “CONTESTACION”¹

Se me ha pedido que hable con vosotros esta noche de la fe de la Iglesia, de la fe de los cristianos ante ese conjunto de desórdenes sociales y esa rebelión de las inteligencias que se ha llamado “contestación”.

Os hablaré simplemente como cristiano. Y me esforzaré por haceros percibir la humilde voz del sentido común, esa lucecita que vela en la inteligencia de todo hombre para orientarlo, casi instintivamente, hacia la verdad de las cosas, cuando ésta no se encuentra oscurecida por un desvío de la razón o ahogada por el clamor de las ideologías.

¿Puedo atreverme a agregar que la voz del sentido común se eleva más pura y más fuerte a través de las más esenciales aspiraciones de la muchedumbre de los pobres?

Borman -y lo mismo sus dos compañeros- al abrazar por vez primera con una sola mirada el conjunto de nuestra tierra, comprendió la relatividad de nuestras disensiones y el absurdo de nuestras divisiones, con todo el cortejo de ruinas y guerras que engendran.

Cada vez que dejo nuestras regiones súper desarrolladas de Europa y América para ir a países menos ricos, experimento un sentimiento análogo. En tales ocasiones al encontrar esa dura realidad que es la evolución humana de las muchedumbres innumerables de Asia o de África, me parece escapar del espejismo de un cierto concepto de progreso. Ante esa trágica realidad, nuestras controversias y “contestaciones” aparecen como discusiones bastante vanas; sobre todo -y esto es lo más grave- manifiestan una cierta pérdida del sentido de lo real, sin el cual somos incapaces de entrever el fin al que debe tender la inmensa multitud de los hombres en un clima de paz y de libertad. La perspectiva de una auténtica filosofía de la vida y la sabiduría de que están como impregnadas esas culturas varias veces seculares, son valores casi universalmente olvidados cuando no explícitamente impugnados por las ideologías o filosofías modernas y hasta por algunas teologías influidas por esas filosofías. Hasta ahora jamás había afirmado el hombre con tanta seguridad su soberanía sobre el universo. Pero, al mismo tiempo que creaba una nueva imagen de su persona y de su destino, con ésta borraba la imagen de Dios.

En adelante el hombre ya no mira este universo con los mismos ojos ¡Extraña situación! Por una parte ha descubierto el poder exacto e indefinidamente perfectible del conocimiento que puede tener de las cosas visibles. Ha adquirido conciencia del poder recibido por este dominio que tiene sobre las cosas, poder que entrevé ha de ser sin límites. Al mismo tiempo que adquiere así el dominio sobre la materia, descubre su estructura oculta y se ve como en el umbral de un nuevo templo cuyo misterio le embriaga: “El verdadero misterio de este mundo es el visible, no ya el invisible”.

En adelante el hombre ve el universo a través de su propio suelo, en vez de verlo en su verdad objetiva, material, silenciosa e inerte. El hombre proyecta su propio misterio sobre el mundo, un mundo cuya admirable complejidad, en la que ha sido introducido por la ciencia, se convierte para él en un alimento capaz de nutrir sus sueños y entretener sus ilusiones. El hombre ya no es capaz de disociarse de un universo en evolución ni sabe discernir la verdad y la realidad de las cosas en su relación con él. En ese sueño encarna todo aquello hacia lo que el hombre no puede

¹ Conferencia pronunciada por el P. René Voillaume, de los Hermanitos del Padre de Foucauld, en la sala Pleyel, París, 3-III-1969. Traducida de la Revista *Grande Sinal*, marzo 1970, n. 2, año 24. Publicación de la Editora Vozes. Tradujo: Sor Águeda Fernández, osb. Monasterio Mater Ecclesiae – Uruguay.

dejar de tender con toda la fuerza de su insaciable deseo de absoluto. Para él, como Dios ya no existe, la plenitud de que está sediento resulta siempre más lejana, irrealizable e inalcanzable, como un espejismo en el desierto, que desaparece cuando nos aproximamos a él para reaparecer más lejos, entreteniendo así un deseo y una esperanza que se resisten a morir, pues el hombre sabe por instinto que moriría a la vez que ellos.

Pero ahora, sobre todo entre los jóvenes, muchos han llegado a percibir la fragilidad y el carácter ilusorio de esa esperanza y de ahí la rebelión y ese movimiento de impugnación a través del cual se ha expresado con brutalidad el rechazo de lo que es inhumano.

No es necesario repetir aquí los aspectos más característicos de ese movimiento: en la mayoría es un impulso oscuro que encontró su formulación en algunos teóricos extremistas. En su opinión la “contestación” sería la expresión propia del pensamiento y su forma permanente, hasta el punto de que toda certeza se presenta como una sospechosa necesidad de seguridad y la impugnación más radical se convierte en expresión de autenticidad. Por lo tanto ya no hay certeza. En esa misma línea, el bien se valora como un conformismo social, por eso ninguna realidad objetiva podría servir de soporte a concepto alguno de sociedad; las estructuras morales, religiosas o jurídicas de toda sociedad se presentan a lo sumo, como expresiones superadas de una sociedad capitalista y burguesa.

En el plano de la inteligencia no hay ya, pues, ninguna certeza, y en el plano de la acción, la única actitud coherente consiste en tomar el partido opuesto a todos los valores recibidos. ¿Y la Iglesia? Se presenta a los hombres como mensajera de un cierto número de convicciones esenciales, apoyadas en la Palabra de Dios, se presenta también ante ellos como un cuerpo orgánicamente jerarquizado e históricamente ligado a esa sociedad impugnada. La Iglesia no podría pues escapar a un movimiento que “cuestiona” precisamente las convicciones y estructuras.

Es verdad que la Iglesia de Jesucristo afrontó y superó en el curso de su historia, muchas otras crisis graves. Pero esta vez es en el interior mismo del cristianismo y por consiguiente de los cristianos -más aún, en un cierto número de teólogos y de exegetas- que la impugnación erigida en método, rebate las afirmaciones tradicionales de la fe y la constitución jerárquica de la Iglesia.

En la imposibilidad de tratar este problema en su totalidad, me contentaré con hacer algunas reflexiones sobre las condiciones y las premisas necesarias para una sana impugnación, capaz de contribuir a la renovación de la Iglesia y a su progreso, y no a la ruina de sus valores auténticos y eternos. Dos categorías de problemas se presentan actualmente a la Iglesia. En primer lugar los que se refieren a la investigación científica del sentido de los textos sagrados y de la tradición que contienen la Palabra de Dios, para darnos una expresión más completa de ella o más adaptada a la mentalidad de nuestro tiempo. Están después los que se refieren a la organización de la Iglesia, particularmente a la función del Magisterio y de la autoridad jerárquica.

Percibimos la complejidad de este trabajo de renovación, que se ha efectuado siempre en el correr de los tiempos pero que en nuestros días reviste una urgencia particular y un cierto carácter doloroso.

Mi primera observación consistirá en recordar que debemos abordar estas cuestiones con realismo y humildad, no olvidando que nuestra época es solo un momento dentro de una historia que tiene tras de sí un largo pasado y ante sí un futuro aún más largo. ¿Quedará algo dentro de 50 años de este cuestionar nuestro y de las nuevas adaptaciones filosóficas? ¿Seremos bastante sensatos como para comprender la relatividad de nuestras hipótesis y no apresurarnos a tomar en serio teorías sin duda bien efímeras? La humanidad posee una memoria, pero esa memoria

sólo trasmite los valores auténticos y universales que se convierten así en patrimonio definitivo del saber humano.

Mi segunda reflexión, consecuencia de la precedente se refiere a la necesidad de aportar a problemas tan graves como estos, que ponen en juego el destino de los hombres, una seriedad, una competencia y un rigor verdaderamente científicos. Es penoso verificar que las cualidades de honestidad intelectual, de humilde sumisión a lo real, de respeto al dato de la experiencia que se encuentran en la base de los actuales éxitos de la investigación científica no parecen tenerse en cuenta cuando se trata de esa parte del saber que pertenece al dominio de la filosofía o al de las cosas de Dios o de la religión. No se toleraría que personas incompetentes emitiesen juicios en materias científicas o en dominios técnicos que ignoran; pero cualquiera se siente autorizado a emitir juicios precipitados, muchas veces decisivos, sobre el dogma, la moral y la naturaleza de la revelación. La historia de la Iglesia, de su evolución y de la elaboración de su doctrina; las grandes intuiciones de sus pensadores y teólogos; los admirables testimonios de sus santos y las experiencias de sus grandes contemplativos, todo eso se considera muchas veces como inexistente o se conoce sólo a través de simplificaciones apresuradas o deformadas.

Las causas de tal situación son múltiples. Mantenido por mucho tiempo en una actitud pasiva en lo que se refiere a la doctrina y a la vida de la Iglesia, el pueblo cristiano descubre que la religión es algo que tiene que ver con él. Las cuestiones en juego afectan profundamente su vida y cada uno se siente alcanzado por todo lo que se refiere al contenido de la fe, a la naturaleza de la otra vida, a la esperanza de la resurrección y a las exigencias de la moral, tanto en la vida privada como en la vida social o política.

Por otra parte, al hecho de haber asumido conciencia de que el Espíritu de Dios ejerce su acción tanto en el interior de cada fiel y de cada hombre como a través de los acontecimientos, no acompaña siempre la suficiente reflexión sobre la ambigüedad de los pensamientos y de las acciones humanas de los que es muy fácil responsabilizar al Espíritu de Dios ¡Se olvida que el hombre permanece siempre libre bajo la luz y los impulsos del Espíritu Santo y que ese Espíritu tiene muchas veces dificultad para hacerse oír a través del ruido de nuestras pasiones y de la oscuridad de nuestros errores! En cuanto a los acontecimientos que nos parecen ligados a las necesidades de la historia no debemos olvidar que dependen también de muchos actos libres distribuidos en el pasado y que han dado sus frutos. Un movimiento revolucionario, una nueva teoría teológica, una reivindicación proveniente de un grupo de fieles o de sacerdotes se atribuye rápidamente al Espíritu de Dios que se convierte en su dirigente. Pero el sentido común no puede abdicar de sus exigencias y se impone un serio trabajo para discernir los espíritus. A menos que Cristo haya querido que sus fieles sean arrastrados por todo viento de doctrina, conviene por cierto, en último análisis, que la Iglesia haya recibido la misión de operar tal discernimiento.

Una tercera observación -y es tal vez la más importante- se refiere a cuanto cuestiona de manera explícita o implícita la aptitud de nuestra inteligencia para alcanzar lo real. Sin esa aptitud ¿cómo podría el hombre encerrado en sí mismo, abrirse a la verdad de los seres? Es gracias a esa intuición, afirmada espontáneamente por toda inteligencia recta, que el mundo material existe como una realidad fuera de nosotros. Tal aptitud no se limita a la realidad material del cosmos sino que se extiende al ser inmaterial, a la realidad del espíritu. Esta es también una intuición del sentido común. Sin la posibilidad de que el espíritu tenga una realidad existencial ¿qué consistencia tendría Dios puesto que de no ser espíritu, no sería nada? Nuestra fe, la fe de la Iglesia desde que los hombres recibieron de los labios de Jesucristo la plenitud de la revelación, manifestada progresivamente en la Antigua Alianza, supone que Dios ha comunicado a la inteligencia humana un conocimiento que corresponde verdaderamente a la realidad del ser divino. Lo que sabemos de Dios, lo que la Iglesia nos trasmite acerca de Él, existe en realidad. Aunque sean incompletas las expresiones o imágenes empleadas, quienes nos hablaron en nombre de Dios tenían algo que decirnos y nos introdujeron en una realidad que

permanece en sí. Sí, hay un realismo del conocimiento, un sano concepto de la inteligencia, sin los cuales la revelación sobre el Verbo y la fe en Él pierden toda consistencia.

Si el mundo se extiende realmente más allá de lo visible, al universo espiritual de Dios, la inteligencia debe tener por función abrirnos a esa dimensión. De lo contrario el hombre permanecería prisionero de su propio universo mental y de aquello que puede alcanzar del cosmos a través del conocimiento sensible.

Si no existe la posibilidad de un conocimiento de orden metafísico, Dios, aún cuando se afirme su existencia, se convierte en un gran desconocido y la revelación no existe. Esto es, por otra parte, lo que algunos pretenden: un sistema de pensamiento indefinidamente interpretable en expresiones nuevas, porque ninguna de esas expresiones nos habría permitido jamás alcanzar una realidad extra mental. Es verdad que una realidad siempre puede ser mejor conocida y expresada, pero lo que era conocido como verdadero permanece tal y no puede cuestionarse.

También en esto dejemos la palabra al sentido común.

Nuestros antepasados y los primeros cristianos sabían en qué creían y lo consideraban verdadero porque había sido revelado como tal. Sabían como nosotros, que las expresiones y las imágenes podían ser deficientes. Nosotros profesamos la misma fe porque creemos en una misma realidad. Creemos en la realidad de Dios, creemos que, plasmados a su imagen, Él colma nuestra soledad por su plenitud de Verdad y de Amor. Creemos en la realidad de Jesucristo, en la realidad de las acciones de Dios para la redención de los hombres. Así, en la inteligencia de la fe? todos comulgamos en las mismas realidades divinas y éstas no pueden cambiar porque no dependen del conocimiento que tengamos de ellas. Sólo podemos conocerlas mejor. Todos los grandes santos contemplativos han sido testigos de ese realismo del conocimiento del Dios infinito en Jesucristo.

Mi cuarta y la última consideración se propone llamar vuestra atención respecto de la contemplación como de una característica inalienable de la Iglesia. La teoría de la "contestación" -tal como la evocamos al comienzo- al poner la tónica exclusivamente en la función crítica de la inteligencia desprecia totalmente la importancia primordial de su función contemplativa. La gracia de la adopción divina confiere al cristiano la facultad de contemplar lo real, la posibilidad filial de alcanzar la faz de Dios, en el claroscuro de la fe, cierto, pero verdaderamente, en su realidad y en la espera de que le sea descubierta enteramente.

La Iglesia nos ofrece multitud de testigos de ese florecimiento de la vida de la inteligencia en la contemplación de Aquel que es su fuente. En todas las épocas de la historia y a través de las más diversas expresiones culturales, hombres y mujeres han consagrado su vida a la contemplación de un Dios que es capaz de seducir su corazón y digno de ser amado con un amor capaz de ir hasta el despojamiento total. Desde los padres del desierto hasta el Padre de Foucauld, pasando por Francisco de Asís, Juan de la Cruz, Teresa de Lisieux, son legión aquellos que, conocidos o desconocidos, han sido testigos de esa admirable capacidad que tiene la inteligencia de dilatarse en la intimidad del Ser infinito que es Verdad y Vida. Y en nuestros días muchos jóvenes -de esto puedo dar testimonio- son constantemente conducidos por el Espíritu al desierto para encontrar, en la oración contemplativa, las certezas supremas y una paz que supera a toda otra paz. Al hacer esto no tienen en modo alguno la impresión de sustraerse al servicio debido a sus hermanos, pues si es verdad que uno de los mayores peligros para una civilización humanista está en despreciar el pensamiento como forma de servicio, también es uno de los mayores peligros del cristianismo estar expuesto a despreciar la importancia de la función contemplativa. No podemos rechazar el testimonio de esos contemplativos, algunos de los cuales viven en el corazón de nuestras ciudades mezclados en los diarios trabajos de los hombres. El Dios que han encontrado en lo más íntimo de sus corazones no puede engañarlos, saben que han sido introducidos en la más elevada realidad, el más vivo de los vivientes, la fuente misma de su vida y saben que en ese encuentro su existencia hallará la plena realización.

Al contrario de lo que se podría creer, los contemplativos son los más realistas de los hombres, porque su realismo se extiende a Dios y al universo creado, visible e invisible, universo que tienen el sentimiento exultante de poseer en la actividad supereminente de una contemplación divinamente fecunda.

Su experiencia nos concierne. Si cada hombre posee la naturaleza humana en su totalidad, lo que él experimenta en las profundidades de su espíritu reviste una amplitud universal en la medida en que su experiencia espiritual es auténtica. Debemos, pues, recibir el testimonio de tales experiencias como si fuesen nuestras y como una contribución real al saber de la humanidad.

Puedan los cristianos asumir nuevamente conciencia de su misión en el mundo y de la verdadera naturaleza del servicio que deben a sus hermanos. Es verdad que la Iglesia debe cambiar su rostro y adaptar sus estructuras a fin de ser más apta para realizar con autenticidad su misión en las circunstancias actuales: nadie piensa negarlo. Pero no es por medio de la esterilidad disecante de una crítica perpetua que los cristianos contribuirán a rejuvenecer su Iglesia. No es el cristianismo el que debe ser puesto en cuestión, sino cómo los hombres lo viven.

El mundo no tiene ninguna necesidad de cristianos que se esfuercen por fundirse con la masa de sus hermanos a costa del abandono de aquello que el cristianismo tiene de específico. El mundo, y sobre todo los jóvenes, necesitan certeza: los cristianos deben encontrar de nuevo las certidumbres fundamentales sin las cuales el hombre acabaría por destruirse a sí mismo. El mundo tiene necesidad de trascendencia y de espacio sagrado, no sé que fuerza de autodestrucción procura renegar de ello en nombre de un nuevo humanismo que haría finalmente al hombre prisionero de un universo puramente material y esclavo de los nuevos ídolos plasmados por sus propias manos.

Los cristianos deben ser del número de los que creen que, reencontrando la salud de la inteligencia, el hombre escapará de la asfixia y que ningún humanismo verdadero es posible sin una dimensión metafísica. En el momento en que ciertos intelectuales marxistas comienzan a descubrir, para salir del dilema, la necesidad de una metafísica ¿cómo se puede comprender que los cristianos se esfuercen por adaptar su doctrina a sistemas filosóficos que niegan hasta la posibilidad de toda metafísica? En un grupo en el que, desde hace varios años, cristianos y marxistas se esforzaban por dialogar, uno de estos últimos hizo la siguiente reflexión: “¿cómo ha sucedido que desde hace algún tiempo ya no encontramos en vosotros, cristianos, aquello que nos atraía, esa trascendencia que manteníais?” Esta pregunta produjo una saludable sacudida.

El mundo tiene sed de libertad. Pues bien, la experiencia nos está enseñando -y el sacrificio desesperado del joven Jan Palach se ha convertido en un símbolo de esto- que pretender libertar al hombre librándolo de la dependencia de Dios es una falsa liberación y conduce a una servidumbre sin esperanza, mientras que nada libera tanto al hombre como crecer en la libertad de Dios y del orden divino.

El mundo tiene sed de un cierto amor cuya fuente no consigue encontrar; no es pues éste el momento, para los cristianos, de abandonar la dimensión divina y eterna de ese amor con que Cristo quiere amar a los hombres a través del corazón de sus discípulos. Un sacerdote chileno, particularmente comprometido en la evangelización de su continente, escribía recientemente: «Jesús no inventó “ama a tu prójimo como a ti mismo” ni “haz a los otros lo que querías que hiciesen contigo”»: esto pertenece a muchas filosofías Jesús dice: “amaos los unos a los otros como Yo os amo”. En el pabellón “cristiano” de la exposición de Montreal no había ninguna alusión a Dios ni a Jesucristo. Todo estaba centrado en el “amaos los unos a los otros”. Es la secularización de la caridad que no tiene ya por centro a Cristo. La caridad no es una ética natural, procede de Jesucristo y está centrada en Él».

Los hombres necesitan esperar en la obra propia que han de realizar en este mundo, no es, por lo tanto, el momento de abandonar, por no sé qué falta de perspectiva, la esperanza cristiana que va más allá de este mundo, bajo pretexto de que ésta debilita el impulso de la construcción temporal, cuando, no sé por qué misteriosa paradoja, el hombre es incapaz de aportar a la construcción de su propia ciudad el único espíritu que podría hacerla plenamente humana, si no extiende su mirada más allá, hasta la ciudad que permanece eternamente; sin el reflejo de esa Ciudad, del Reino de Dios, la ciudad de este mundo se vuelve inhabitable.

Sólo se puede construir en un clima de alegría y de certidumbre. Las jóvenes generaciones cristianas deben volver a encontrar este doble clima en un cristianismo vivido en su plenitud y no recortado según la medida humana y racional. Puedan estas generaciones escapar a la seducción de ideas apresuradas y superficiales, y volver a encontrar, a la luz del sentido común una sólida salud de la inteligencia y la alegría de ser contemplativos hasta en la acción.

Y para terminar, citaré lo que el P. Lebreton me decía un día, hace algunos años, poco antes de su muerte. En una visión casi profética del futuro, al hablar del aspecto insoluble de ciertos problemas del desarrollo me decía: “El desarrollo humano de los pueblos del tercer mundo puede parecer provisoriamente sin solución, pues no puede efectuarse sin la colaboración de los países muy desarrollados. El capitalismo, en su situación actual, es totalmente incapaz de esa colaboración, de no producirse una profunda transformación que parece bien improbable. Por otra parte, los países de socialismo marxista no pueden tener mejor éxito, ya que antes han de hacer la experiencia larga y dolorosa -que está ya empezada- de los errores que empañan su concepción del destino humano. Y por algún tiempo el mundo corre el riesgo de zozobrar en la anarquía y el desorden, en ese momento los cristianos deberán estar preparados y junto con los hombres de buena voluntad tomar animosamente las riendas para asegurar a la civilización venidera los valores fundamentales sin los cuales no podría existir”.